

EL ESTOICISMO

Desde el helenismo hasta nuestros días

IKER MARTÍNEZ

El estoicismo. Desde el helenismo hasta nuestros días

© Iker Martínez, 2025.

© de esta edición, Shackleton Books, S. L., 2025.

Shackleton
— b o o k s —

   @Shackletonbooks
shackletonbooks.com

Realización editorial: Bonalletra Alcompas, S. L.

Diseño de cubierta: Pau Taverna

Diseño: Kira Riera

Maquetación: reverté-aguilar

Depósito legal: B 13582-2025

ISBN: 978-84-1361-622-3

Impreso por EGEDSA (España)



Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento y su distribución mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

Introducción	7
PRIMERA PARTE. EL ESTOICISMO GRIEGO: LA CREACIÓN DEL SISTEMA	15
La lógica	17
El <i>logos</i> estoico	17
La dialéctica	20
La retórica	33
Teoría estoica del conocimiento	35
La física	43
<i>Physis</i> y <i>logos</i> en la filosofía estoica	43
Cuerpos, <i>pneuma</i> y materia	46
Las categorías	51
Teoría estoica de las causas. Los incorporeales. El cosmos	54
La idea estoica del destino	64
El ser humano	69
La ética	73
La ética: una secuela de la lógica y la física	73
El impulso primario y la familiaridad como origen de la justicia	76
Las acciones adecuadas, la virtud y el supremo bien	79
Los indiferentes	85
Las pasiones	90
Determinismo y asentimiento: el problema del «compatibilismo estoico»	96

El sabio estoico	99
¿Un modelo deseable?	99
La pérdida de la sabiduría y el suicidio	104
SEGUNDA PARTE. EL LEGADO FILOSÓFICO Y CULTURAL	
DEL ESTOICISMO EN ROMA	109
La recepción de la filosofía estoica en Roma	111
El estoicismo como marco cultural	121
El «caso Marco Aurelio»	131
TERCERA PARTE. EL ESTOICISMO EN LA ACTUALIDAD	139
Neoestoicismo a lo largo de la historia	141
El estoicismo como fenómeno de masas	145
El neoestoicismo académico como crítica a las filosofías de la Modernidad	151
La disciplina del deseo	153
Aceptar las cosas tal y como son y no como quisiéramos que fuesen	156
Las virtudes estoicas: el regreso a los valores que han superado la prueba del tiempo	158
Una reflexión final	163
BIBLIOGRAFÍA COMENTADA	169
Abreviaturas utilizadas	177

*A mis padres, Emilio y Conce,
por el tiempo que se quitaron para que yo pudiera leer.*



Introducción

Como raíces de ese frondoso árbol al que podemos denominar cultura occidental, las corrientes filosóficas se nutren de las aguas de los tiempos. Las más superficiales y efímeras lo hacen de los chaparrones de verano, que las nubes descargan con furia sobre el campo para regresar casi al instante al aire por efecto de la evaporación. Son las modas filosóficas, raíces delgadas y endebles que apenas conocen la humedad. Otras, en cambio, vigorizan sus doctrinas con acuíferos subterráneos, permanentes como los hielos de las altas montañas. El estoicismo es una de las raíces más gruesas y sólidas de ese árbol. Una raíz que se alimenta de las aguas soterradas y profundas que no han cedido al poder calorífico del sol. De ahí que los frutos nacidos cada primavera del pensamiento conserven siempre las trazas de su olor y su sabor.

La historia de la filosofía estoica comienza con el naufragio de un joven fenicio de unos treinta años que se dedicaba al comercio de la púrpura. Procedía de Citio, una ciudad de Chipre situada frente a las costas de Tiro, lugar donde entonces se fabricaba este escaso y

codiciado tinte. Su nombre era Zenón y corría aproximadamente el año 304 a.C. Desde el Pireo, el puerto de Atenas, asistió con angustia al espectáculo que se mostraba ante sus ojos: había perdido toda su carga. Desconcertado, subió a la ciudad. Allí se sentó en la puerta de una pequeña tienda en la que un librero hojeaba un ejemplar de los *Recuerdos de Sócrates*, de Jenofonte. En este librito, desordenado y confuso, se muestra a Sócrates como un maestro que dialoga con los ciudadanos atenienses sobre los más diversos temas. Zenón se interesó por esta lectura y preguntó al librero dónde podía encontrar hombres como los que allí se describían y conversaban. Sin dudar, el librero señaló a un mendigo que pasaba en ese momento por delante de ellos y le dijo: «Sigue a este». El mendigo era Crates de Tebas, el famoso filósofo discípulo de Diógenes de Sinope que había donado toda su fortuna para llevar una vida cínica.

Crates era todo un personaje: vivía en la calle con su pareja, Hiparquia, también filósofa cínica con la que se había juntado tras haberlo intentado todo para evitar el casamiento. Era tal la obsesión que la joven sentía por él que este se desnudó un día delante de ella y le dijo: «Aquí ves lo que poseo. Si me quieres, tendrás que vivir como vivo yo». Y esta lo siguió. Crates e Hiparquia mantenían relaciones sexuales en público, comían lo que encontraban y dormían donde podían. No sin razón los cínicos recibían el apelativo de «perros». Durante un tiempo Zenón escuchó las lecciones de vida de Crates, pero aquella actitud desvergonzada no encajaba demasiado con su

carácter, mucho más sobrio y tímido. Así que finalmente se apartó de él y comenzó a asistir a las lecciones de Polemón, que por entonces dirigía la Academia fundada por Platón. Sin embargo, sus enseñanzas tampoco le satisficieron, así que decidió fundar su propia escuela. Pronto su carácter comedido atrajo a bastantes alumnos, que escuchaban al maestro mientras este paseaba de un lado al otro del pórtico de Pisianacte, bellamente decorado con las pinturas de Polignoto. Como en griego «pórtico» se dice *stoa*, los seguidores de Zenón comenzaron a identificarse como zenonianos o estoicos.

Cuando Zenón murió, en el año 262 a.C., el estoicismo tenía ya cierto renombre en Atenas, así que la ciudad lo premió con una corona de oro y una estatua de bronce. A partir de ese momento se ocupó de los asuntos de la escuela un tal Cleantes, originario de Aso, en la costa occidental de lo que hoy es Turquía. Cleantes había sentido una tardía, aunque intensa, vocación filosófica después de más de media vida dedicada al boxeo. Cumplidos los cincuenta se vinculó a Zenón, de quien fue fiel seguidor hasta su muerte. Como no tenía de qué vivir, por las noches trabajaba extrayendo agua para regar los jardines o moliendo trigo para hacer harina. El trabajo nocturno no le permitía estar demasiado espabilado durante el día y en la escuela sus discípulos se burlaban de él porque razonaba con demasiada lentitud. Debía de tener bastante sentido del humor, porque ni se molestaba ni los reprendía. Aunque son muchos los testimonios en este sentido, lo cierto es que Cleantes escribió un gran número de

obras, que el doxógrafo Diógenes Laercio califica de excelentes. La más famosa de ellas, el *Himno a Zeus*, ha llegado hasta nosotros. Con todo, no parece que la filosofía estoica progresara bajo su tutela.

Si Cleantes cosechó fama de no ser demasiado despierto, su sucesor, Crisipo de Solos, fue considerado el mejor dialéctico de su tiempo. Además, fue uno de los filósofos más prolíficos de la Antigüedad: escribió más de setecientos libros, todos ellos de una agudeza finísima y de enorme calidad dialéctica. Sin embargo, retóricamente distaban de ser perfectos. De manera que resultaban muy formativos siempre que el tedio le permitiera a uno concluirlos. Crisipo estaba más preocupado por el combate dialéctico que por la belleza a la hora de expresarse, y hay que reconocer que en su terreno resultó casi invencible. De él solía afirmarse: «Solo él razona, los demás no son sino sombras errantes», y también: «De no haber Crisipo, ni Pórtico habría». Esto último era del todo cierto, pues si Zenón había iniciado los pasos de la filosofía estoica, Crisipo hizo de ella un auténtico sistema, coherente y cerrado, similar a una fortaleza inexpugnable. Por este motivo, una exposición del estoicismo como la que aquí se pretende, requiere llevar a cabo referencias constantes a las interpretaciones y doctrinas de Crisipo.

Con Zenón, Cleantes y Crisipo el estoicismo alcanzó su madurez. Tenemos noticia de otros estoicos muy importantes, como Aristón de Quíos, Diógenes de Babilonia, Antípatro de Tarso, Panecio de Rodas o Posidonio de Apamea. De todos ellos tendremos ocasión de hablar,

aunque sea brevemente, en estas páginas. Cada cual posee sus peculiaridades, pues el estoicismo, aun siendo una filosofía dogmática, es decir, una filosofía que ofrecía los instrumentos y criterios necesarios para conocer la verdad, siempre estuvo abierta a la discusión entre los miembros de la propia escuela y con aquellos que trataban de refutar sus doctrinas. Ahora bien, su esencia, eso que podríamos denominar su núcleo duro, quedó definido y claramente articulado tras el paso de Crisipo por la escuela.

*

Este libro se divide en tres partes: la primera, titulada «El estoicismo griego: la construcción del sistema», está dedicada al estudio del estoicismo antiguo, esto es, al sistema de filosofía estoica edificado por Zenón, Cleantes y Crisipo. Siguiendo una ordenación ya clásica, he decidido dividir su exposición en tres partes: la lógica, la física y la ética. Aunque la filosofía estoica es un todo perfectamente articulado en el que, como veremos, no caben divisiones, ya desde la Antigüedad se optó por dicha tripartición debido a motivos estrictamente pedagógicos. Esta primera parte concluye con un capítulo dedicado al sabio estoico, el modelo de ser humano propuesto por la escuela.

La segunda parte lleva por título «El legado filosófico y cultural del estoicismo en Roma». Con ella se pretende esclarecer el importantísimo papel que esta filosofía jugó en la civilización romana. Su inigualable éxito se obtuvo

a través de una fenomenal transformación que desarticuló el sistema. Sin embargo, a cambio, el estoicismo dejó de ser tan solo una filosofía de escuela para convertirse en una filosofía accesible a un gran número de personas y en un marco conceptual, productivo e inspirador, para otros ámbitos de la cultura. Si no resulta exagerado afirmar que sin Crisipo no habría Estoa, tampoco lo es que sin Roma el estoicismo habría sido una doctrina para unos pocos individuos extravagantes.

La tercera parte trata sobre el estoicismo en la actualidad, que puede sin duda calificarse como un fenómeno de masas. Trato de ofrecer una explicación del porqué de este resurgimiento en las últimas décadas distinguiendo fundamentalmente dos tipos: un estoicismo de corte general o común, que se vale de una terminología y algunas ideas coloquiales y poco elaboradas de las doctrinas clásicas de la escuela, y un estoicismo más académico, bien articulado, que se presenta como una crítica sólida a algunas ideas centrales de la Modernidad.

Soy consciente de que el planteamiento de esta obra llevará al lector atento a preguntarse por la influencia del estoicismo en el periodo comprendido entre el siglo II d.C., fecha aproximada en la que concluye la segunda parte, y el siglo xx, momento en el que da comienzo la tercera. ¿Acaso la filosofía estoica permaneció adormecida, olvidada o, peor aún, postergada durante todos estos siglos? ¿Dejó de beber esta poderosa raíz en las aguas profundas que riegan la filosofía perenne? En absoluto. El estoicismo fue una de las doctrinas que posibilitó la

formulación filosófica del cristianismo y sus conceptos reaparecieron una y otra vez bajo el nombre de «neostoicismo» antes de adoptar su versión más actual. Sin embargo, esta historia sería demasiado extensa para exponerla en una obra de semejantes características.

A la espera de una mejor ocasión, quisiera pensar que una introducción al estoicismo antiguo, tanto en su versión griega como romana, a la que se suma una panorámica visión de su recepción actual, puede ofrecer una base suficiente para intuir los usos y aplicaciones de esta filosofía decisiva en otros momentos de la historia. O, al menos, esa ha sido la intención de su autor.



PRIMERA PARTE
EL ESTOICISMO GRIEGO: LA
CREACIÓN DEL SISTEMA



La lógica

El *logos* estoico

En la actualidad solemos referirnos a la lógica como una ciencia formal similar a las matemáticas. También Aristóteles, el filósofo macedonio discípulo de Platón, había concebido este arte como un *organon*, esto es, como un instrumento útil para la investigación filosófica. Sin embargo, para los estoicos, la lógica nunca fue una mera herramienta, sino una parte fundamental de la filosofía. La lógica era, según decían, a la vez la estructura del sistema y la muralla que lo defendía.

Con el fin de calibrar la importancia de la lógica en el conjunto de la filosofía estoica, resulta imprescindible comprender qué posición ocupa el *logos* en ella. *Logos*, de la que deriva *lógica*, es una palabra griega con múltiples significados: quiere decir ‘palabra’ o ‘discurso’, pero también ‘conversación’, ‘coloquio’ e incluso ‘relato’. En términos estrictamente filosóficos podemos definirla como razón, argumento o lenguaje. Para los estoicos, *logos*

significa razón propia de la naturaleza (*physis*). Se trata del orden racional que estructura el mundo; es, en definitiva, la divinidad que determina todos los acontecimientos. La relevancia del *logos* para la filosofía estoica es tal que todo el estoicismo supone, en realidad, una explicación de su amplitud y su potencia manifestada en cada porción del cosmos.

En cierta ocasión, Epicteto, filósofo estoico de la época romana al que me referiré en la segunda parte, trataba de argumentar un determinado tema delante de su maestro, Musonio Rufo. No obstante, enredado en la maraña demostrativa omitió un paso. Rufo le llamó la atención de manera tan airada que el joven Epicteto trató de defenderse: «No es para tanto» —dijo—, «ni que hubiera quemado el Capitolio o matado a mi padre». Su maestro, tajante, zanjó la discusión: «En este preciso instante, tal omisión era el Capitolio y la vida de tu padre» (*Diss.*I, 7, 30 – 33). Para los estoicos, un error de razonamiento suponía el peor de los vicios posibles, una acción contraria a la naturaleza humana.

En realidad, racionalidad y naturaleza son dos formas de referirse a lo mismo¹. Por este motivo, cuando los estoicos expliquen la virtud como una vida conforme a la naturaleza (*kata physin*), tratarán de probar que la razón ha de dirigir y configurar la conducta humana. El enfoque de la Estoa es distinto del adoptado por la filosofía anterior. Para Platón y Aristóteles, el ser humano podía

¹ Cuando exponamos la física estoica veremos las connotaciones específicas que adopta la *physis*, que no siempre guardan una relación de sinonimia con *logos*.

comprender las regularidades del universo, que eran naturales en la medida en que la razón humana podía conocerlas. En cambio, para los estoicos, la naturaleza es legisladora: está conformada por una estructura compuesta de leyes lógicas que supeditan la actuación de los seres racionales. Explicaré con más detalle todos estos presupuestos en los siguientes capítulos.

Además de razón y naturaleza, *logos* es la divinidad estoica. No una divinidad personal, como el Dios cristiano, si bien con el paso del tiempo los griegos la personificaron en Zeus. Se trata de una divinidad impersonal, ordenadora y legisladora que atraviesa todas las cosas y las hace comprensibles. Una razón providencial, que cuida de los seres racionales.

En definitiva, hablar de lógica significa radiografiar la estructura del sistema. Los estoicos explicaban su posición en relación con las otras dos partes en las que dividían su pensamiento, la física y la ética, con algunas metáforas. La filosofía —afirmaban— es como un ser vivo en el que la física es el alma, la ética es la parte carnosa del cuerpo y la lógica los huesos y nervios (Diog. Laert. VII, 39). Asimismo, decían que la filosofía era como un campo fértil en el que la física era la tierra y los árboles, la ética los frutos y la lógica los muros que lo cercaban y protegían. Esta última imagen, la del campo amurallado —en ocasiones también se refieren a la ciudad amurallada— ilustra muy bien el papel que la lógica jugó en la defensa del sistema ante los ataques sufridos por otras escuelas, como el epicureísmo o el escepticismo de la

Academia. La primera, en cambio, habla de la estructura del sistema mismo: «los huesos y nervios», y expresa de manera igualmente gráfica su función como almacén o hilo conductor, así como la conexión entre todas sus partes. Si moviéramos o modificásemos cualquiera de sus elementos, todo el cuerpo se vería afectado.

La dialéctica

La importancia de la lógica en el conjunto de la filosofía estoica se expresa muy bien en la concepción que la escuela tenía de ella como ciencia de lo verdadero, de lo falso y de lo que no es ni lo uno ni lo otro (Diog. Laert. VII, 42). Por tanto, la lógica también era para los estoicos un instrumento al servicio del conocimiento de la verdad, esto es, del propio *logos*. Este instrumento se dividía en dos ramas: la dialéctica y la retórica.

La dialéctica, que tantos frutos positivos había ofrecido en las indagaciones socráticas, se concibió por los estoicos igualmente como la ciencia del recto disputar mediante el ejercicio pregunta-respuesta. Por su parte, la retórica, de fuerte tradición en el mundo griego, era el nombre que recibía la ciencia que se dedicaba a hablar correctamente en un discurso sin interrupciones. Platón había dotado del máximo protagonismo a la dialéctica en detrimento de la retórica, a la que consideraba un conjunto de argucias vacuas para manipular a la gente. Sin embargo, los estoicos no minusvaloraron la retórica